



ACULCO MEDIA

Balance Latinoamericano

La crisis de la política y el futuro de la izquierda

Nicolás Yáñez O.*

El 2016 ha sido un año de inflexión en América Latina, se han producido significativas rupturas en las orientaciones políticas que habían predominado por más de una década. Estos desequilibrios no parecerían ser temporales, al contrario, nuevos eventos, como la elección de Donald Trump, están complejizando aún más los escenarios políticos de la región y aumentando la incertidumbre

Se ha agotado el ciclo de más de diez años en el que la mayoría de países latinoamericanos lograron combinar estabilidad política y crecimiento económico, pero no hay todavía claridad sobre la manera como se podría construir un nuevo equilibrio. La lógica que explica esta coyuntura como un tránsito automático desde una hegemonía de las orientaciones de izquierda populista a otra de índole liberal-conservadora es insuficiente para entender estos cambios.

La actual crisis está revelando grandes desafíos económicos y sociales para la región. El estancamiento económico no es solo el resultado de la contracción de los precios de las materias primas, sino una señal de la incapacidad para diversificar las economías y adecuar las estructuras sociales y productivas a las transformaciones tecnológicas que requiere un desarrollo sostenible. Están apareciendo nuevas necesidades asociadas a la emergencia de una sociedad más diversa y compleja que se agregan a los viejos problemas que no fueron resueltos en los años de la bonanza.

Las instituciones y las elites parecen no estar a la altura de estos desafíos, o, peor aún, están cuestionadas por su corrupción o su insensibilidad social. No entienden, a veces, los cambios que ellos mismos propiciaron. La política está desprestigiada y tiene poca fuerza para orientar

a una sociedad más autónoma y exigente. El aumento de la desconfianza en las instituciones y el descontento son fenómenos que están afectando a todos los países sin importar la orientación ideológica de sus gobernantes.

La economía no es la única razón del malestar, desde hace varios años la corrupción se ha vuelto un problema crítico. La corrupción ya ha generado tres crisis políticas en las que hubo movilizaciones ciudadanas –Brasil, Guatemala y Honduras–, ha hecho que varios ex presidentes terminen en los juzgados o incluso que fueran detenidos. Los sectores empresariales no han escapado al desprestigio, por ejemplo en la investigación Lava Jato en Brasil o en las revelaciones sobre colusiones abusivas en Chile. Este panorama puede empeorar con las revelaciones de los pagos irregulares que realizaron empresas brasileras en una decena de países.

El descrédito de las elites está generando una inestabilidad institucional que tiene impactos en el comportamiento político de los ciudadanos. Se ha instalado un clima de sospecha que complica la tarea de los políticos de informar, persuadir y debatir temas de trascendencia pública.



Mauricio Macri

TIEMPO



Nicolás Maduro

EL HERALDO

Esta pérdida de credibilidad viene además aparejada con el auge de las redes sociales que desestructuran, para bien y mal, los canales tradicionales de comunicación e información política.

El rechazo de los Acuerdos de Paz en Colombia es un ejemplo de los inciertos escenarios que aparecen en este contexto de dificultad de las dirigencias para explicar y convencer sobre sus decisiones. Los acuerdos expresaban equilibrios razonables que ponían fin a una larga guerra civil, buena parte de las elites del país entendieron que estas concesiones eran aceptables a la luz de los logros que implicaba la paz, y la comunidad internacional expresó su soporte a esta posición. Sin embargo, un porcentaje apreciable de la opinión no estuvo de acuerdo y forzó su renegociación.

El consenso de ciertas elites fue insuficiente para ganar el referendo, tuvo más peso la heterogénea coalición de intereses conservadores que se opusieron a los acuerdos y la estrategia del uribismo que logró imponer en las redes sociales medias verdades que impactaron en la opinión. Es decir, un clima de desconfianza, con estructuras de intermediación débiles y con instrumentos de comunicación horizontales y sin filtro, demostró ser un aliciente para una mayor participación, pero también para el extremismo y la manipulación. Este es un nuevo dato de la realidad política que ya no se puede eludir.

El declive de las izquierdas es otro de los síntomas de la crisis política. Aunque el malestar social está afectando a todas las fuerzas que han ejercido el poder por un largo periodo, las derrotas de las izquierdas son emblemáticas pues sus orientaciones fueron predominantes en estos diez años.

Evidentemente hay diferencias históricas, políticas y de resultados de gestión entre las varias fuerzas de izquierda, populistas o socialdemócratas que actúan en la región, pero todas coincidieron en el decenio pasado en una revalorización de la política social, en una gestión heterodoxa de la economía, en una apuesta por la integración y una profundización de la democracia. Al final del camino, su balance es ambiguo. Colocaron la cuestión social entre las prioridades de la política e impulsaron en algunos países una modernización de las relaciones sociales y de la economía. Pero lograron poco e incluso retrocedieron en la mejora de la institucionalidad democrática.

Las derrotas recientes del kirchnerismo, del petismo brasileño y del masismo boliviano estuvieron principalmente relacionadas con su inacción frente a la corrupción, su tolerancia a la ineficiencia, su tendencia a polarizar todas las discusiones y sus pocos avances en el fortalecimiento de la institucionalidad democrática. Es decir, el malestar y la desilusión de muchos de sus propios electores tenían más que ver con

sus prácticas políticas y su ética, y no tanto con sus decisiones y resultados socio-económicos.

Estos tres retrocesos fueron el resultado de procesos electorales relativamente competitivos, donde se perdieron elecciones o referendos por porcentajes pequeños de votos, o de cambios en las correlaciones de fuerzas político-institucionales que les permitían gobernar como le pasó a Dilma Rousseff. En estos casos, las instituciones funcionaron razonablemente y los actores políticos asumieron, aunque sea a regañadientes, los resultados. El peronismo y el PT pasaron a la oposición, y el MAS entró en una incertidumbre que recién se ha despejado con el anuncio de que intentarán habilitar a Evo Morales para que sea candidato en el 2019 por otras vías.

Estas tres experiencias ilustran igualmente los grandes retos que implica construir una alternativa a estas fuerzas. Mauricio Macri es un ejemplo interesante pues logró renovar el discurso, las políticas y hasta la estética de la centro-derecha argentina para adecuarlas a las expectativas de una sociedad transformada. Ya en el gobierno, este dirigente ha intentado equilibrar su proyecto de modernización liberal con el mantenimiento de las políticas sociales del kirchnerismo y una apertura a cuestiones de sociedad que solían ser monopolio de las izquierdas. Temer, el sucesor de Dilma, es un contraejemplo en este punto pues su asunción significó el retorno de una derecha tradicional, elitista, clientelar y sin preocupaciones sociales, de ahí su rápido deterioro. En Bolivia, la derrota de Morales en el referendo no implicó el surgimiento de ningún liderazgo opositor o estructura partidaria alternativa al MAS, fue el producto de una heterogénea coalición coyuntural de malestares de todo signo, de ahí el papel central que Evo sigue teniendo en el sistema político.

El futuro de las izquierdas gobernantes en Ecuador, El Salvador y Chile depende de las urnas y de procesos políticos mayormente institucionalizados. El FMLN de Sánchez Cerén está enfrentando una grave crisis de seguridad y de fiscalidad que le está obligando a buscar acuerdos con los empresarios y el partido de derecha Arena, el cual tiene grandes probabilidades de ganar las elecciones de 2019. En Ecuador, este año se realizarán elecciones en las que Rafael Correa no será candidato en un momento de fuerte contracción económica; el candidato oficialista, Lenin Moreno, tiene oportunidades frente a una oposición fragmentada, aunque una eventual segunda vuelta podría dar sorpresas. El caso chileno es particular pues la coalición Nueva Mayoría, que apoya a Bachelet, es más bien centrista-socialdemócrata. Este conglomerado enfrentará una difícil elección a fines de año en la que el ex presidente de centro-derecha Sebastián Piñera es favorito, sin embargo, existe

un notable malestar social que podría favorecer la aparición de un outsider.

Finalmente están los casos de Nicaragua y Venezuela, quizás los dos más inquietantes por su deriva hacia situaciones de crisis agravada y/o fuertes disfuncionamientos democráticos. La reelección de Daniel Ortega se ha producido en medio de una manipulación preocupante de las normas electorales y de limitaciones de los derechos de los opositores, aunque tiene en su activo resultados económicos aceptables y una alianza sólida con los empresarios. El caso venezolano es aún más severo pues al fuerte debilitamiento democrático se agrega una gestión económica desordenada y un notable deterioro del bienestar de la población.

Como se puede ver, el futuro de las izquierdas latinoamericanas con experiencia gubernamental, en toda su diversidad, es incierto. Pese a sus derrotas, en varios países siguen siendo fuerzas relevantes en la medida que respetaron la alternabilidad cuando les toco perder y su gestión gubernamental produjo resultados valorados por la ciudadanía. Ahora tienen el reto de realizar una autocritica sobre algunos comportamientos que la población rechazó y renovar sus liderazgos y oferta política. Estas no son tareas fáciles, pero tampoco son imposibles. Existen también otras expresiones de esta izquierda que están eligiendo escenarios riesgosos con el objetivo de quedarse en el poder sin importar el costo. Los riesgos a los que exponen a sus países al embarcarse en esa aventura son enormes, pero además se están transformando en contraejemplos que podrían desprestigiar durablemente los valores del progresismo.

En todo caso, la crisis económica y la desafección social con las dirigencias están configurando una “tormenta perfecta” que exige ideas y voluntades renovadas en todas las fuerzas políticas, no solo en las de izquierda. La inquietante ausencia de ambas en muchos países está dejando un peligroso vacío político que puede estancar y desestabilizar a la región por un largo periodo.

*El autor es analista internacional y utiliza seudónimo.